

DON JUAN TENORIO, DE JOSÉ ZORRILLA

U no no sabe lo que es mejor: permitir que nuestros clásicos duerman el sueño del olvido o que su obra comparezca desfigurada, deliberadamente tergiversada. Estamos ante un caso donde esta duda cobra gran intensidad.

El *Don Juan Tenorio* de Blanca Portillo más que un homenaje, es un público ajusticiamiento. ¿El reo se llama Don Juan, como pretende la directora? No. El condenado se apellida Zorrilla, famoso dramaturgo, otrora querido, respetado, por público y crítica. Portillo afirma que el Tenorio está “bañado por el halo de un romanticismo mal entendido”. Obvio. Tal vez se olvide de que el autor es uno de los máximos exponente de nuestro romanticismo. No aclara qué cosa es el *romanticismo bien entendido*. Sospecho que debe ser algo parecido a la España posmoderna del siglo XXI.

El mito de Don Juan ha sido objeto de múltiples interpretaciones, dispares en originalidad y en valor. Resulta natural que una generación o diversos intelectuales ofrezcan su opinión sobre el tema. Versiones, aparentemente contradictorias, hoy las asimilamos como aportaciones que nos permiten conocer mejor diferentes aspectos de la inmortal figura. Examen y valoración del donjuanismo, es decir, del mito de Don Juan, no del Tenorio. Éste surgió en un momento determinado y atiende a unas coordinadas histórico-literarias concretas. Forzar el texto, torcer su sentido para que el autor diga lo que nos interesa supone un ardid parecido al jugador que

se hace trampas con las cartas jugando un solitario. Lamentablemente, numerosos escolares, que desconocen la obra, creerán que esa era la intención de Zorrilla. Pobres muertos...que no pueden quejarse.

No quiero decir que ofrecer una versión libre de un clásico sea por necesidad erróneo. Simplemente afirmo, nuevamente, que el amparo de la Compañía Nacional de Teatro Clásico no resulta adecuado para estos experimentos.

La representación tiene, desde esa perspectiva, momentos brillantes, otros discretos y algunos lamentables. Supone un acierto la inquietante puesta en escena de enmascarados con un muerto en el centro, las peleas y riñas barriobajeras y, en general, la escenografía. El actor que encarna a don Juan Tenorio, José Luis García-Pérez está a la altura esperada en una obra de tal envergadura, así como doña Inés (Ariana Martínez). Sin embargo, las actitudes y movimientos escénicos hacen que su labor pase a un segundo plano. ¿A qué viene desnudar, en mitad de la escena, sin ninguna justificación dramática, a la actriz principal? ¿Por qué el Tenorio dice con desgana el conocido monólogo *¿no es verdad, ángel de amor...*? al tiempo que se lava el sobaco? Finalmente, entre los cuadros bochornosos que aparecen en esta versión destaca el escupitinajo que doña Inés, a modo de colofón, suelta al cadáver de don Juan. Esto hace evocar el conocido chiste sobre las Caperucitas modernas: cómo ha cambiado el cuento. ■